

CONVERSANDO CON LOS MAESTROS

Marta Silvia Cosentino de Lifschitz
Lic. en Psicología UBA (1971). Psicoanalista. Psicóloga (nombrada por concurso) en carrera médico-hospitalaria en el Hospital Israelita (1972-2004). Ex Coordinadora General del Servicio de Psicopatología del Hospital Israelita. Miembro de ASAPPIA (Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencias), co-fundada por Ricardo Averburg- e integrante de su Centro Asistencial. Delegada de ASAPPIA en el Foro de Instituciones de Profesionales en Salud Mental de la Ciudad de Buenos Aires. Miembro de la Mesa Coordinadora del Foro.

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Cosentino de Lifschitz M.S. (2020) CONVERSANDO CON LOS MAESTROS
Intercambio Psicoanalítico 11 (2), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.1/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

CONVERSANDO CON LOS MAESTROS

Autor: Ricardo Avenburg

2016 -182 páginas

Editorial Biebel

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Marta Silvia Cosentino de Lifschitz¹

1 Lic. en Psicología UBA (1971).
Psicoanalista. Psicóloga
(nombrada por concurso) en
carrera médico-hospitalaria en el
Hospital Israelita (1972-2004). Ex
Coordinadora General del Servicio de
Psicopatología del Hospital Israelita.
Miembro de ASAPPIA (Asociación
Argentina de Psiquiatría y Psicología
de la Infancia y la Adolescencias),
co-fundada por Ricardo Avenburg- e
integrante de su Centro Asistencial.
Delegada de ASAPPIA en el Foro
de Instituciones de Profesionales
en Salud Mental de la Ciudad de
Buenos Aires. Miembro de la Mesa
Coordinadora del Foro.

I. LO QUE CONOCÍ DE RICARDO AVERNURG EN EL HOSPITAL

En 1978, momentos difíciles de nuestro país, el Dr. Ricardo Avenburg era designado jefe del Servicio de Psicopatología del Hospital Israelita. Cuando asumió la jefatura, nombró por primera vez en nuestro medio una sub jefa psicóloga para que lo acompañe en la conducción del servicio. La misma modalidad fue utilizada para todas las tareas, las duplas médico-psicóloga trabajaban en admisión, urgencias, interconsultas y grupos terapéuticos.

El servicio atendía todos los días dos turnos de 8 a 11 y de 11 a 14 hs.; los días sábados solo se atendían urgencias e interconsultas.

Era un analista comprometido con el dolor humano, generoso con la transmisión de sus conocimientos y nos legó su pasión por el psicoanálisis.

Él nos enseñó que podíamos hacer psicoanálisis en el Hospital, y decía “no hace falta un diván para hacer psicoanálisis”.

Y así funcionábamos respetando el encuadre en los tratamientos. En eso era muy riguroso porque tenía que ver con el respeto por el paciente mismo. Como había largas listas de espera, porque también atendíamos pacientes de Pami, los tratamientos duraban de 3 a 6 meses (según lo necesitara cada paciente) con una frecuencia semanal y sesiones de 40 a 45 minutos. El paciente no esperaba.

En un momento la demanda era tan grande que se hacían grupos de espera, en las salas de espera del servicio.

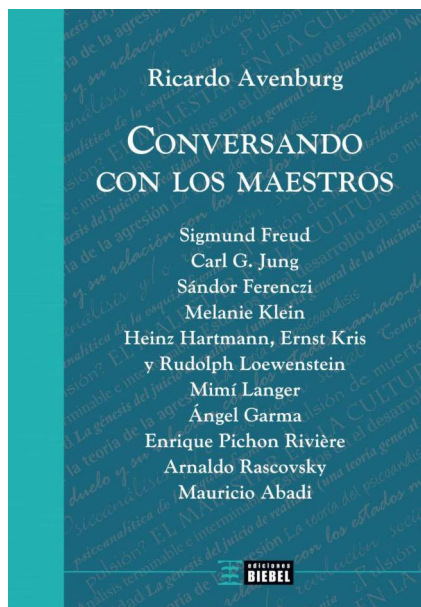
El servicio atendía las siguientes especialidades: niños, adolescentes, adultos, adultos mayores, pacientes graves, familia, interconsultas y psicofármacos; y los tratamientos eran individuales y grupales.

El funcionamiento era por equipos, cada equipo tenía un coordinador y un co-coordinador, siempre en dupla médico-psicólogo, supervisión y grupos de estudio.

Formó un equipo de terapias múltiples que funcionaba por su atención como un hospital de día, con tratamientos terapéuticos individuales, grupales, familiares, farmacológico y talleres de plástica, psicomotricidad y trabajadoras sociales. Un ejemplo de interdisciplina.

Todos los integrantes del Servicio atendíamos pacientes urgentes una vez por semana y en dupla médico-psicólogo. A veces llevaba toda la mañana resolver una urgencia, pero el paciente salía con diagnóstico, tratamiento y, si era necesario, con indicación de psicofármacos.

Algunos servicios del hospital pedían tener duplas fijas en sus servicios, por ejemplo Obstetricia, y colaborábamos en los cursos de parto e interconsultas.



Todos los lunes el jefe y la sub jefa se reunían con los coordinadores de los equipos para intercambiar ideas y dificultades de la tarea.

Una vez por mes concurría un psicólogo institucional a estas reuniones y a las asambleas generales para ayudarnos a mejorar el funcionamiento del servicio.

En la práctica hospitalaria introdujo la actividad docente.

La mañana del día sábado se dividía en 2 módulos. En el primer módulo o clase se daban los seminarios de formación de Freud dictados por el jefe, el Dr. Ricardo Avenburg, quien desarrollaba la clase a partir de las preguntas que hacían los integrantes del servicio, sintetizaba y elaboraba de esa manera conceptos fundamentales de la obra de Freud. Era humilde y sabio el maestro. La segunda clase la dictaban sus colegas y amigos, quienes también nos transmitieron su saber: el Dr. Leonardo Goigman, Dra. Marilú Pelento, Dr. Apter, etc., etc.

Esto nos habla de su pensamiento, de su generosidad y nos muestra una vez más que para la docencia también era abierto, no encerrado en teorías. Refería verbalmente: "Dicen que soy freudiano. No. Yo soy yo... que doy seminarios de Freud".

A veces concurría a los diferentes equipos a supervisar los pacientes y una vez por mes cada equipo presentaba un material clínico en su horario de seminario de los sábados y de esta manera sostenía con su presencia nuestro proceso de formación teórica y clínica.

Ricardo Avenburg fue mi maestro de psicoanálisis y de la vida; pues lo conocí en el año 1973 supervisando mi primer paciente adolescente en el Hospital Israelita. Luego radicó 2 años en Suecia, para volver como nuestro jefe del Servicio de Psicopatología en 1978. Ahí comenzó mi verdadera formación hasta 1988 en el Hospital y luego en forma privada con grupos de estudio, supervisión y análisis personal hasta unos meses antes de su muerte el 4 de septiembre de 2020. La pandemia terminó este ciclo de 47 años junto al maestro.

II. DIÁLOGOS DE RICARDO AVENBURG CON SUS MAESTROS

Escribió numerosos artículos, revistas y libros entre ellos *Conversando con los maestros* (2016). Este libro es significativo para mí porque es el último editado en vida del autor y ofrece sus últimos aportes para la teoría y la práctica del psicoanálisis.

Y para aquellos que no hayan leído sus libros porque no están de moda, y quieren entender ese psicoanálisis pensado en aliviar el sufrimiento, siempre desde el lugar de respeto por el otro, respeto por sus creencias e ideologías, este libro les ayudará a contestarse algunas preguntas que él mismo se hacía: "¿Hay un psicoanálisis o cada uno tiene el suyo?"

Para Ricardo hacer psicoanálisis era conversar, dialogar, preguntar, permitiéndonos abrir líneas de pensamiento nuevas, reflexionar...

Comienza y termina el libro conversando con su maestro original, que fue Freud, a quien después de leerlo decía: "y se me abrió un mundo" (Avenburg, 2016, p. 8).

Tanta era su pasión que estudió alemán para entenderlo mejor, y jugar con los términos tanto como Freud lo hacía.

Éste es un libro para ser leído por capítulo y autor, para reflexionar con cada maestro que dialoga. Ricardo aconsejaba no leerlo de corrido.

Comienza conversando con Freud preguntándose cuándo termina el psicoanálisis. Y lo resuelve de una manera muy práctica, que era lo que nos enseñaba en el Hospital y que servía también para el consultorio, porque Ricardo decía "mi consultorio cada vez se parece más al Hospital". Éstas son sus palabras: "Termina cuando el analizado y analista dejan de verse, creo que no hay un concepto absoluto de una terminación, sino que ésta es relativa a cada situación analítica en particular". Y agrega "en la época de mi formación era más importante definir qué es el psicoanálisis, tal vez más importante que la evolución del paciente" (Avenburg, 2016, p.26). Para él lo más importante siempre fue la "mejoría del paciente".

Conversó con Jung y, a pesar de las diferencias teóricas, Ricardo pensaba que con lo que Jung desarrolló, "los motivos desencadenantes de la enfermedad", "la importancia de la adaptación" y la "importancia de la resignificación regresiva (après coup) podía ser un buen analista y trabajar clínicamente. Y Ricardo se preguntaba "¿Quién afirmaría que los psicoanalistas desarrollamos todos los aspectos de la teoría?" (Avenburg, 2016, p.41).

Conversó con Klein, con quien nunca pudo supervisar ya que fue por primera vez a Londres unos meses después de su muerte. Pero la conocía bien ya que en sus comienzos en APA su formación era kleiniana. Discutía con ella la técnica psicoanalítica porque Klein era de interpretaciones profundas y transferenciales. Y esto, para Ricardo, cerraba, obturaba el tratamiento. En cambio, el Dr. Avenburg dialogaba, conversaba, preguntaba, y esto le permitía abrir nuevos caminos. Agregó: "Estoy convencido que si me viera trabajar hoy diría que no soy psicoanalista y que todas mis intervenciones están al servicio de las defensas del paciente" (Avenburg, 2016, p. 68).

Conversó con Rascovsky quien fue su pediatra y lo introdujo en el psicoanálisis sobre el psiquismo fetal.

Conversa con Pichón Rivièrè, quien fuera su analista y formador en psicoanálisis y de quien aprendió que "la función del analista es la de co-pensar, creando las condiciones para que se desplieguen nuevos caminos asociativos" (Avenburg, 2016, p. 27).

Continúa conversando con sus maestros del psicoanálisis abriendo un abanico de temas: el sentido de la realidad, teoría de la agresión, psicoanálisis y/o revolución social, pulsión de muerte o muerte de la pulsión, etc.

Finaliza el libro conversando otra vez con Freud, marcando algunas diferencias con el maestro. Freud dice "que en la vida hay muchas fuentes de malestar, pero que para él, el establecimiento del Super-yo es la fuente de malestar en la cultura humana, continua, la agresión no está dirigida hacia el exterior, sino que está dirigida a uno mismo y se expresa con el sentimiento de culpa (consciente o inconsciente) y proyectado hacia afuera (como culpa y no simplemente como agresión) es lo que determina la criminalidad humana" (Avenburg, 2016, p. 179).

"Desde mi punto de vista (no sé si hubiese sido el de Freud), la culpa (diferente del remordimiento y del sentimiento de responsabilidad) es el veneno de la humanidad y el Super-yo es nuestro enemigo. Quiero dejar aclarado que, en el trabajo clínico lo respeto, a menos que se haga sintomático para el paciente" (Avenburg, 2016, p. 179).

Voy a transmitirles sobre este tema algunas de las últimas reflexiones de Ricardo dos meses antes de su muerte (en una actividad virtual por la plataforma Zoom organizada por integrantes del Hospital Israelita). Con énfasis repitió que el sentimiento de culpa es el veneno de la humanidad; que estaba en contra del Super-yo y lo reconocía en sí mismo, diferenciándolo de la responsabilidad. Otras de sus frases durante esa actividad fueron: "El Super-yo es la enfermedad del ser humano"; "Soy un hinchado del Eros, del amor, esto me lleva a trabajar, a escribir; el amor, el Ello y no el Super-yo"

Refiriéndose a la clínica, dijo en esa oportunidad: "No intervengo salvo que sea un daño para la otra persona, a menos que se haga sintomático para el paciente, solo me meto con lo conflictivo. No me planteo el instinto de muerte en la clínica. Yo trabajo con Eros".

Y así terminó el libro referido, deseando "que el hombre recupere su propia naturaleza erótica" (Avenburg, 2016, p. 179).